



M. Bonazzi, *Sabiduría antigua para tiempos modernos*, trad. C. Sáez Díaz, Madrid, Alianza Editorial, 2021, 153 pp.

Me vino inmediatamente a la memoria cuando vi este libro en la mesa de novedades otro con el que coincidía parcialmente en el título y casi totalmente en la intención (al menos a priori). Me refiero al de Giovanni Reale, titulado *La sabiduría antigua: terapia para los males del hombre contemporáneo* (Barcelona, Herder, 1996). El libro de Reale parte de la premisa de que el hombre contemporáneo está gravemente enfermo, presa de un “malestar de la civilización” en el que estaría implícito un nihilismo instituido por Nietzsche a finales del siglo XIX. Pero en esa “enfermedad” el mundo contemporáneo habría redescubierto la sabiduría de los griegos, que acabó por imponerse como punto de referencia ineludible para todo aquel que intente construir la identidad propia. El caso es que ese libro traza un minucioso itinerario por los males que afligen al hombre contemporáneo mostrando cómo la sabiduría antigua puede revelar los métodos de curación, todo ello para envolver en realidad una inteligente confrontación entre el pensamiento de Nietzsche y el de Platón. La obra de Mauro Bonazzi, en cambio y más allá de las aparentes coincidencias, es algo bastante diferente; incide, sí, en el valor actual de la filosofía antigua, pero desde otra óptica.

El original fue publicado en italiano en 2016, por Carocci Editore, con el título *Con gli occhi dei Greci. Sapienza antica per tempi moderni*, es fruto de la investigación del autor en el pensamiento antiguo y recoge, como se explica en la Introducción (p.12), “en una versión modificada, ensayos y artículos publicados en *La Lettura*, *Il Corriere della Sera* e *Il Mulino*”. Mauro Bonazzi estudió lenguas clásicas y filosofía en la Universidad de Milán, a la que volvió tras pasar periodos de investigación en Leiden y Cambridge, y en la actualidad es profesor de filosofía antigua y medieval en la Universidad de Utrech (Países Bajos). Los cimientos de la obra parten de la idea de que el pensamiento de la Grecia antigua, si bien no fue uniforme ni invariable, sí plantea los problemas básicos de la existencia, las preguntas radicales, hecho que, en consecuencia, nos permitiría seguir aprendiendo de él. Es cierto que con mucha frecuencia se habla de la actualidad de los clásicos, pero los elogios que reciben lo que hacen, en buena medida, es encumbrarlos en un pedestal, casi inaccesible, que los aleja de nosotros, cuando la realidad es que deberíamos tenerlos mucho más cerca. Los griegos han sido unos auténticos maestros en la formulación de preguntas, en el planteamiento de dudas, y por ello nos invitan a volver sobre nuestros pasos para reflexionar con ellos sobre nuestro presente, porque su visión del mundo sigue siendo tremendamente rica y enriquecedora. Es obvio que vivimos tiempos nuevos, originales en cierto sentido, pero seguimos cuestionándonos sobre el sentido de nuestra existencia, hoy, ahora.

En esta idea de la actualidad de lo clásico, y en la misma línea de recopilación de trabajos aparecidos previamente, generalmente en prensa, están los libros, entre

otros, de Mariano Nava Contreras, *Homero y la cera de Descartes. Fortuna y pervivencia de la Antigüedad entre nosotros* (Madrid, Ediciones Complutense, 2019), que recoge los artículos que el autor publicó semanalmente en la prensa de Caracas (Venezuela) entre mayo de 2012 y enero de 2018, y el de la laureada Irene Vallejo, *El futuro recordado* (Zaragoza, Editorial Contraseña, 2020), que agrupa las columnas de la autora en el *Heraldo de Aragón*. Este tipo de obras evidencia que el mundo clásico “importa” y se reivindican sin descanso las Humanidades. Como tuve ocasión de decir en un trabajo a propósito de otro libro de este cariz (Neville Morley, *El mundo clásico. ¿Por qué importa?*, Madrid, Alianza Editorial, 2019), titulado “Por si faltaran razones para acercarse al mundo clásico” (*TEMPVS* 45 [2019] 87-96), “en un mundo como el nuestro, prisionero de la inmediatez, en el que la tecnología va tomando cada vez más espacio, se antoja imprescindible luchar por un humanismo que abogue por la pausa y esté provisto de la lucidez necesaria para saber mirar al otro”. Y esto es precisamente lo que hace el libro que aquí se presenta.

¿A qué problemas nos enfrenta? En palabras del autor (p.10), “en realidad los verdaderos problemas son pocos; y siempre son los mismos de generación en generación, aunque con frecuencia no nos demos cuenta, ya que son las palabras para designarlos las que cambian. [...] quizás no sería una mala idea escuchar otras voces distintas de aquellas a las que ya estamos acostumbrados. Por ejemplo, las de los griegos”. La visión que Bonazzi nos ofrece no es la de un mundo clásico museístico, marmóreo, lejano a la postre, casi una ficción, sino que nos invita a que visitemos las múltiples Grecias que han existido con sus propias respuestas a las preguntas eternas –no es lo mismo la Grecia de los poetas que la de los filósofos– para que puedan ayudarnos a encontrar la nuestra. ¡Aprendamos a ver la complejidad y a entender las preguntas! Solo así seremos capaces de hallar respuestas y enfrentarnos a la complejidad en la que vivimos.

No puedo resistirme a listar los diecinueve capítulos que componen el opúsculo porque en muchos casos son tremendamente sugerentes: “El poema de la fuerza” (pp.13-19), “Nostalgia” (pp.20-24), “El complejo de Heráclito” (pp.25-31), “El espectro de Antígona” (pp.32-39), “Malos maestros” (pp.40-46), “Tucídides entre los kurdos” (pp.47-53), “La trampa de Pericles” (pp.54-59), “Traiciones” (pp.60-66), “Tres divagaciones semiserias” (pp.67-71), “Actualidad del mito” (pp.72-76), “Amor platónico” (pp.77-83), “Alma mía” (pp.84-91), “Filósofos al poder” (pp.92-98), “La búsqueda de la verdad” (pp.99-106), “El carroñero” (pp.107-114), “El paciente” (pp.115-118), “Progreso” (pp.119-125), “El nazismo y la Antigüedad” (pp.126-132) y “Herencias griegas” (133-142). Se cierra el conjunto con el apartado “Obras de referencia” (pp.143-153), en el que se recogen, capítulo a capítulo, los títulos más interesantes para seguir profundizando en la cuestión abordada.

Este libro evidencia que sigue mereciendo la pena sentarse al borde del mundo para observarlo con los ojos de los griegos, de modo que podamos ver la misma realidad desde ángulos diferentes, desde perspectivas, incluso, inesperadas. Y es que, “el tiempo pasa, pero los hombres aún no han aprendido a enfrentarse con el lado oscuro de su alma” (p.73).

Antonio López Fonseca